

# EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTIFICA Y LITERARIA,

consagrada à la

VIRGEN MARIA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 668

Alicante 22 de Setiembre de 1883.

Año XIV.

## CARTA APOSTOLICA DE NUESTRO SSMO. PADRE LEON XIII.

*A nuestros queridos hijos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Antonio de Luca, Vice-canciller de la Santa Iglesia Romana, Juan Bautista Pitra, bibliotecario de la Santa Romana Iglesia, José Hegenroether, Prefecto de los archivos vaticanos.*

LEON PAPA XIII.

*Queridos hijos, salud y bendicion apostólica.*

Considerando Nos frecuentemente los artificios que con mayor confianza emplean cuantos intentan hacer sospechosos y aborrecibles la Iglesia y el Pontificado Romano, hemos podido conocer que dirigian con grande empeño y perfidia sus esfuerzos contra la historia del nombre cristiano, y principalmente contra la conducta de los Romanos Pontífices en lo que se relaciona con los

destinos de Italia. Y participando de esta Nuestra opinion, muchos Obispos de este país se han manifestado tan afectados por los pasados males, como temerosos de lo porvenir; porque, en efecto, obran tan peligrosa como injustamente los que sacrifican la verdad histórica al ódio al Romano Pontífice, con el propósito manifiesto de violentar los recuerdos de las edades pasadas, y, desfigurándolos por la mentira, ponerlos al servicio de las novedades italianas. Así que siendo deber Nuestro, no solo reivindicar todos los derechos de la Iglesia, sinó además volver por la dignidad de la Santa Sede contra acusaciones injustas; y queriendo que la verdad salga victoriosa y sepan los italianos de dónde brotó para ellos en lo pasado, y brotará en lo porvenir, abundoso manantial de beneficios, Nós hemos resuelto, queridos hijos, comunicar Nuestro sentir sobre asunto tan

grave, dejando su cumplimiento á vuestra discrecion.

Los incorruptibles monumentos de la historia, siempre que se les estudia con ánimo sereno y sin preveniciones, encierran una magnífica y espontánea apología del Pontificado, como que en ellos aparece la verdadera naturaleza y majestad de las instituciones cristianas. A través de formidables luchas y esplendentes victorias, aparece toda la virtud y fuerza divina de la Iglesia, y por el testimonio evidente de los hechos se revelan y brillan los innumerables beneficios que ha derramado sobre todos los pueblos, y con más abundancia sobre aquel en que la Divina Providencia colocó la Sede Apostólica. Por eso interesa tanto á los que con todo género de esfuerzos han atacado á los Pontífices, no respetar la historia, testigo de tan grandes acciones, y cierto que atentan contra su integridad con tal perversión y artificio, que hasta las armas más adecuadas para rechazar su injusta agresion, se han convertido para ellos en ofensivos dardos.

Este fué el género de ataque adoptado tres siglos há por los centuriadores de Magdeburgo; pues no habiendo podido destruir los baluartes de la doctrina católica, con nueva estrategia hicieron á la Iglesia objeto de discusiones históricas: ejemplo que fué imitado por la mayor parte de las escuelas rebeldes á

la antigua doctrina, y seguido, cosa más de lamentar, por muchos católicos de religion é italianos de raza. Por eso con el propósito que ya Nós dejamos expuesto, diéronse á escudriñar los menores vestigios de la antigüedad, rebuscándolos hasta por los rincones secretos de los archivos, y á sacar de nuevo á luz fábulas ridículas, y á repetir cien veces imposturas cien veces refutadas. Mutilando muy á menudo, ó dejando hábilmente en la oscuridad, lo que puede decirse que forma los grandes rasgos de la historia, disimularon con empeño los hechos gloriosos y los actos memorables, mientras extremaron el cuidado para hacer notar, exagerándolos, aquellos en que podía señalarse una falta de prudencia ú otra imperfeccion dado que el evitar del todo estas, sea muy difícil á la naturaleza humana.

Así es que se ha creído lícito hasta escudriñar con sagacidad perversa las minuciosidades de la vida privada, aprovechándolo todo para presentar de relieve cuanto parecia servir más fácilmente de espectáculo y ludibrio á la multitud propensa siempre á la difamacion. Así, aún aquellos Romanos Pontífices que entre los más grandes se distinguieron por su eminente virtud, han sido acusados y condenados como orgullosos, ambiciosos y altaneros; y aquellos otros cuyos gloriosos actos

les ponen á cubierto del ódio, han sido acusados por sus intenciones, diciéndose mil veces en voz alta que la Iglesia ha entorpecido el progreso humano y la civilizaci6n de los pueblos. Sobre todo el principado civil de los Romanos Pontifices, fundado, no sin providencial designio, para salvaguardia de su independencia y majestad; esta soberanía, tan legitima por su derecho de posesi6n como recomendable por sus innumerables beneficios, ha sido blanco especial de los dardos aceros de la malevolencia y la calumnia.

Esas mismas maquinaciones se practican hoy dia, y aun mejor que en otros tiempos se puede decir en estos, que el arte de la historia es una conspiraci6n contra la verdad. De modo que habiendo vuelto á circular las antiguas acusaciones, véese á la mentira propagarse, ya en voluminosas compilaciones, ya en exiguos libelos, ya en las hojas volantes del periodismo, ya en los seductores artificios del teatro, siendo excesivo el número de los que quieren que las memorias de los tiempos pasados sean cómplices de la calumnia; de lo cual se ha dado ahora una prueba en Sicilia, cuando con ocasi6n de cierto histórico y sangriento recuerdo se ha lanzado contra la honra de Nuestros Antecesores groseras invectivas que se han dejado consignadas á perpetuidad y

groseramente en ciertos monumentos. Y lo mismo cabe decir de lo acontecido cuando se rindieron públicos homenajes al hombre de Brescia, como si su carácter levantisco y su hostilidad á la Santa Sede le recomendasen á la memoria de las edades futuras. Así directamente, se trata de excitar los ódios populares y se agita contra los Papas más grandes la tea abrasadora de la calumnia, mientras en aquellos puntos en donde la abundancia de luz disipa las sombras de la maledicencia, se trabaja, á fuerza de disimulo y atenuaciones, para que corresponda á los Papas la menor parte posible de alabanza y mérito.

Empero es lo más grave que semejante método ha penetrado hasta en las escuelas, pues con frecuencia se dá á la juventud para instruirla manuales sembrados de esas mentiras; de modo que si la maldad ó ligereza del profesor se acomoda á ello, fácilmente mira el discípulo con disgusto cuanto se refiere á la venerable antigüedad, y se le imbuye en el desprecio hácia las cosas y personas santas.

Este peligro crece al salir de la instrucci6n elemental, porque en los estudios superiores la simple enunciación de los hechos conduce á examinar las causas originarias, y, examinándolas, se levantan sobre temerarias prevenciones teorías casi siempre desacordes del todo con la

divina revelacion, sin más fin que disimular y ocultar la saludable influencia que han tenido las instituciones cristianas en las cosas del mundo y en la sucesion de los acontecimientos. Así proceden los más, sin reparar en la inconsecuencia en que caen, en los absurdos que tienen que admitir y en las densas tinieblas con que oscurecen lo que han dado en llamar la filosofía de la historia. En suma, y sin descender á detalles, puede decirse que el plan general de la enseñanza de la historia tiene por objeto hacer sospechosa á la Iglesia y odiosos á los Papas y persuadir á la multitud de que el Gobierno Pontificio es un obstáculo para la prosperidad y engrandecimiento de Italia.

No, no es posible decir nada más opuesto á la verdad; y hay que admirarse de que tales acusaciones, destruidas por tantos testimonios, todavía parezcan á muchos verosímiles.

Porque la historia ha trasmitido á la posteridad los beneficios inmensos que debe Europa al Pontificado, y singularmente Italia, que, como es natural, ha recibido de la Santa Sede mayores favores y beneficios. Siendo lo primero que se ha de recordar que los italianos han conservado intacta y sin disidencias la concordia religiosa, beneficio inestimable para los pueblos, pues dá á los que de él disfrutaban las más fuer-

tes garantías de la prosperidad de la familia y de la sociedad.

Refiriéndonos á un punto especial, nadie ignora que en los tiempos de la caída espantosa del poder romano, los Papas fueron los que supieron resistir más enérgicamente las invasiones de los bárbaros, y que á su sabiduría y constancia fué debido el que, más de una vez, se viese libre el suelo italiano de matanzas y devastaciones y fuese salvada Roma. Además, en aquella época en que los Emperadores de Oriente tuvieron puestas en otras partes sus miras políticas, Italia no contó con su aislamiento y miseria con otra protección que la de los Romanos Pontífices.

Su caridad insigne durante aquellas calamidades, juntamente con otras causas, contribuyó sobremedera al establecimiento de su Principado, que tuvo la gloria de ir siempre unido al bienestar público. La Santa Sede, en efecto, ha promovido, cuanto ha estado á su alcance los intereses del derecho y la civilización; ha extendido su influencia á las cosas del orden civil y abrazado en conjunto las necesidades sociales: lo cual es debido en gran parte al Poder temporal, que le proporcionó la libertad y recursos precisos para realizar tan grandes empresas. Además, al defender Nuestros Predecesores sus derechos de soberanos contra la ambicion de los invasores,

impidieron con ello en más de una ocasion la dominacion extranjera en una gran parte de Italia; y algo parecido ocurrió en tiempos recientes, cuando la Santa Sede permaneció firme ante los ejércitos victoriosos de un gran Emperador, y consiguió de los Reyes confederados, la restituyesen sus derechos de soberanía.

No aprovechó menos á los pueblos de Italia la enérgica independendencia con que los Pontífices Romanos se opusieron á las injustas pretensiones de los Príncipes, ni el heroismo, con que, reuniendo en un pacto comun todas las fuerzas de Europa, sostuvieron el terrible choque de los turcos, que avanzaban con tenaz y sangriento empuje. Aquellos dos famosos combates en que fueron vencidas las banderas de los enemigos de Italia y de toda la Cristiandad, uno en los llanos de Lombardía y el otro en las aguas de Lepanto, fueron preparados y se dieron con auxilio y bajo los auspicios de la Sede Apostólica.

Las expediciones á Tierra Santa, emprendidas por impulso de los Pontífices, tuvieron por resultado la gloria y el poder marítimo de Italia; y los Estados de esta debieron á la sabiduría de los Pontífices sus leyes, su vida y su mantenimiento. Tambien pertenece á la Santa Sede la mayor parte de la fama que adquirió Italia en las ciencias y en las artes. Hubieran perecido, como estuvo en

poco, las letras romanas y griegas, si los Pontífices y el clero no hubiesen salvado del general naufragio los restos de las obras antiguas. Y lo que en Roma se ha hecho y conseguido habla todavía con más elocuencia: los monumentos que se han conservado á costa de grandes dispendios, las obras maestras modernas creadas y perfeccionadas por el ingenio de los príncipes del arte, los museos y bibliotecas fundadas, las escuelas establecidas para la educacion de la juventud, la inauguracion de grandes liceos, han merecido á Roma el ser proclamada por unánime voz madre de las bellas artes.

Por estas y otras tan luminosas razones á nadie se le oculta que presentar al Pontificado ó su poder temporal como funesto para la raza italiana, es mentir voluntariamente en cosas evidentes y notorias, es engañar á sabiendas con fin criminal, es envenenar la historia por malicia: acusacion que aumenta de gravedad dirigiéndose á católicos é italianos, porque la gratitud, el honor y el amor pátrio debería conducirlos, no solamente á aprender, sino á defender la verdad.

Y puesto que aun entre los protestantes hay muchos que, guiados por un entendimiento claro y un criterio imparcial, han sabido despojarse de ciertas prevenciones, é impelidos por la fuerza de la verdad han rendido homenaje á la Santa

Sede, confesando que le deben grandes favores la civilización y la paz pública, es una dignidad que haya muchos entre nosotros que se atrevan á protestar, y que para la enseñanza de la historia escojan las tesis más aventuradas, y que, partidarios y preconizadores de escritos extranjeros, tanto más les admiren estos, cuanto más ofendan á las instituciones católicas, manifestando sólo desprecio para nuestros más grandes escritores, que en las labores históricas no apartaron el amor de la patria del respeto y amor de la Santa Sede.

Y sin embargo, cuesta trabajo creer el mortal daño que se hace á la historia esclava del espíritu de partido y de las movedizas pasiones humanas. Ya no será *maestra y antorcha de la verdad*, como con justa razón la definieron los antiguos, sino que adulará los vicios y se hará cortesana de la corrupción, principalmente entre la juventud, á la que imbuirá en erradas opiniones y apartará de las buenas costumbres. El cuadro de la antigüedad, esas figuras que aparecen como evocadas ó vueltas á la vida, son objeto de la ávida contemplación de los jóvenes, en quienes quedan profundamente grabadas para siempre; y una vez empapados en el error en la edad juvenil, luego es difícilísimo el remedio, porque no es posible esperar que el entendimiento adquiera con

los años lo que baste á borrarlo que ya tenía aprendido, cuando hay pocos que se dediquen á hacer un estudio concienzudo de la disciplina histórica, y en la edad madura el comercio de la vida ofrece quizá más ocasiones para confirmar los errores que para rectificarlos.

Es, por tanto, de suma importancia atender á este urgente peligro y evitar á toda costa que el noble arte de la historia no se convierta en origen de grandes males públicos; es necesario que los hombres de sano corazón, doctamente versados en este género de estudios, se consagren á escribir la historia de tal suerte que sea espejo de la verdad y la sinceridad; que los injuriosos insultos que há tanto tiempo se acumulan contra los Romanos Pontífices, sean rebatidos docta y convenientemente: que á las narraciones insustanciales sustituyan laboriosas y maduras investigaciones; que se opongan, en fin, á la temeridad de las sentencias la prudencia del juicio y á las opiniones frívolas la crítica de la erudición. Sí, es preciso aplicarse con energía á refutar mentiras y falsedades, para lo cual hay que estudiar en las mismas fuentes históricas y tener muy presente que *la primera ley de la historia es no mentir, la segunda no temer decir la verdad, y además que el historiador no dé lugar á que se sospeche de él ni por animosidad ni por adulación.*

Se necesita, pues, para uso de las escuelas, Manuales que, poniendo á salvo la verdad, resguardando de todo peligro á la juventud, honren y fomenten el arte de la historia de tal modo, que además de escribirse obras de más doctrina conforme á los datos mejor comprobados, no quede más que extractar los puntos más principales y exponerlos con claridad y concision, empresa ciertamente fácil, pero de no mediana utilidad, y por consiguiente muy digna de que en ella se ejerciten los entendimientos bien dotados.

Ni es este un campo nuevo de estudios, porque ha habido grandes hombres que han dejado en él vestigios valiosos, habiéndose juzgado por los antiguos que la historia por su naturaleza era más propia de las letras eclesiásticas que de las profanas, por lo cual la Iglesia gustó de cultivarla desde el principio. Por eso desde los comienzos de la era cristiana, en medio de aquellas tempestades sangrientas, muchos códices y documentos históricos fueron salvados íntegros; y en la aurora de días más serenos comenzaron á florecer en la Iglesia los estudios históricos y el Oriente y el Occidente vieron los trabajos de Eusebio, Pánfilo, Teodoreto, Sócrates, Sozomeno y otros. Y á la caída del imperio Romano sucedió con la historia lo que con todas las artes liberales, soló encontró refugio en los monas-

terios y cultivadores entre las personas eclesiásticas; de manera que si se hubiese descuidado en los cláustros la redaccion de anales y crónicas durante un largo periodo de tiempo, ninguna noticia tendriamos de los acontecimientos políticos entonces ocurridos.

Basta citar entre los modernos á dos que no han tenido rival.—Baronio y Muratori;—el uno porque unió á la fuerza del génio y á la penetracion del juicio una increíble erudicion, y el otro porque, aun cuando *con frecuencia sea digno de censura en sus escritos* (1), reunió, para ilustrar los fastos de Italia, tan gran número de documentos, que ninguno le ha superado.—Otros nombres famosos podrian unirse á estos dos, entre los cuales Nos es muy grato recordar el de Angel Mai, honra y prez de vuestro preclaro Colegio.

En lo tocante á la filosofía de la historia, sabido es que Agustin, el gran Doctor de la Iglesia, fué el primero que la concibió y realizó, y los que despues de él han merecido ser citados cuidaron mucho de tomarle por guia é inspirarse en sus escritos y comentarios; de modo que el que no siguió sus huellas se apartó de la verdad, cayendo en todo género de errores, porque para es-

(1) Benedicto XIV en su carta fecha 31 de Julio de 1748 al Inquisidor general de España.

tudiar las evoluciones y diversas fases de la sociedad, le faltó la ciencia de las causas que rigen al género humano.

Ya, pues, que la Iglesia ha merecido siempre bien de la disciplina histórica, la corresponde seguir mereciendo, tanto más cuanto las circunstancias de los tiempos que alcanzamos le imponen semejante honor; pues, como dejamos dicho, ya que el enemigo saca sus armas del arsenal de la historia, es necesario que la iglesia combata con las mismas armas, y que allí donde el ataque es más violento, redoble el esfuerzo para rechazar los ataques con más valentía.

Con este fin, Nós estatuímos que se permitiese utilizar todos los recursos que Nuestros archivos y bibliotecas ofrecen para el fomento de la religion y de las bellas artes, y con el mismo fin declaramos hoy que para realizar estos trabajos históricos nuestra biblioteca Vaticana proveerá de los oportunos materiales. No dudamos, amados hijos, que la autoridad de vuestros cargos y el renombre de vuestros méritos os proporcionará el auxilio de los hombres eruditos, ejercitados en la historia y diestros en el arte de escribir, á los cuales podreis encomendar lo que esté conforme con la aptitud de cada uno de ellos y dentro de las reglas por Nuestra autoridad sancionadas; y á los que con su celo y

trabajo contribuyan á este fin, Nos les recomendamos valor y entusiasmo y plena confianza en Nuestra especial benevolencia. Porque la empresa merece, en efecto, Nuestro estímulo y proteccion, y de ella esperamos conseguir grandes resultados. Es de necesidad que los juicios de la opinion tengan que ceder á los argumentos convincentes que se la ofrezcan, y así la verdad, destruyendo los perseverantes esfuerzos que contra ella se dirigen, triunfará; que si puede permanecer velada por un momento, no puede jamás extinguirse.

Plegue á Dios que haya muchos que se consagren á investigar la verdad y á recoger monumentos dignos de memoria. Toda la historia proclama que hay un Dios, moderador por su Providencia suprema de la vária y perpétua movilidad de las cosas humanas, y que, á despecho de los hombres, hace que todo coopere al desarrollo de su Iglesia. La historia, con no menor evidencia, atestigua que, á pesar de los combates y violentos asaltos de que ha sido objeto el Pontificado Romano, ha salido siempre vencedor, y que sus adversarios, engañados en sus esperanzas, no han hecho más que provocar su propia ruina. La historia atestigua asimismo, con la misma evidencia, lo que fué divinamente previsto desde los orígenes de Roma, esto es, que daría á los suce-



sores del Bienaventurado Pedro una morada y un trono, para que desde aquí, como desde su centro, gobernasen, independientemente de otra potencia, la universal república cristiana. Y nadie se ha trevido á oponerse á este plan de la Divina Providencia, sin que más pronto ó más tarde, haya visto desvanecerse su vana empresa.

Esto se halla á la vista de todos, como expuesto sobre elevado monumento, y está confirmado por el testimonio de cerca de veinte siglos, y en vano se espera que depongan en sentido contrario las edades futuras; bien que hoy prevalezcan las sectas conjuradas de los enemigos de Dios y de la Iglesia y no haya hostilidad á que no recurran contra el Romano Pontífice en la guerra que mueven á la Santa Sede pretendiendo enervar sus fuerzas y disminuir el poder Pontificio, y aún, si les fuese posible, aniquilar el mismo Pontificado. Lo que aquí sucedió despues de la toma de la ciudad, lo que pasa hoy día, no deja lugar á dudas respecto á los propósitos de los arquitectos de la nueva obra, de la cual acaso algunos se han hecho cómplices llevados de otro fin, del de reconstituir y ensanchar el poder público. Y así ha crecido el número de los agresores del Pontificado, y el Romano Pontífice se vé reducido á la miserable condicion que deploran unánimemente las naciones ca-

tólicas. Empero, no alcanzarán más éxito que otros, que con los mismos planes tuvieron la misma audacia.

Ya por lo que se refiere á los italianos, el violento combate que con tanta imprudencia como injusticia signen contra la Santa Sede, es origen de grandes desastres interiores y exteriores. Para enagenarle la simpatía de la multitud háse dicho que el Papa era enemigo de los intereses italianos: inícuca é irracional acusacion, como suficientemente se demuestra con lo que llevamos recordado.

El Pontificado, léjos de eso, será en lo porvenir para las naciones italianas, como lo fué en todos tiempos, una prenda de prosperidad y salvacion, porque es condicion esencial del Pontificado hacer bien y ser universalmente útil. No se concibe, por tanto, que hombres cuidadosos del interés público priven á Italia de ese gran manantial de beneficios; no es digno de patriotas italianos el formar causa comun con los que únicamente proyectan la ruina de la Iglesia; no es, por último, ni prudente ni beneficioso hallarse en pugna con un poder que, como lo atestigua la historia, tiene al mismo Dios por salvador de superpetuidad, y que no puede ser religiosamente venerado por los católicos del mundo entero sin que estos cifren su interés en defenderle por toda suerte de medios. Poder que es tal, que

necesariamente se ve reconocido y respetado por los príncipes puestos á la cabeza de las naciones, sobre todo en estos tiempos de alarma en que parece que se conmueven los cimientos sobre que descansa la humana sociedad; y así incumbe á todos los que sientan amor hácia la patria, si poseen la intuición de lo verdadero, consagrar sus meditaciones y los esfuerzos de su solicitud á concluir con las causas de semejante conflicto y á satisfacer del único modo conveniente las justas reclamaciones de la Iglesia católica y la anhelada reivindicación de sus derechos.

Por lo demás, nada Nos es más grato que ver penetrar estas consideraciones en el entendimiento de las gentes tan profundamente como aparecen consignadas en los monumentos históricos. Debeis, pues, consagrar á esta empresa, amados hijos, la diligencia y actividad mayores.

Y á fin de que vuestro trabajo y el de vuestros auxiliares sea rico en frutos, á vosotros y á ellos, como prenda de la divina protección, Nos concedemos amorosamente en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día XVIII de Agosto del año de MDCCCLXXXIII, IV de nuestro Pontificado.

*Leon, Papa XIII.*

## CRONICA NACIONAL.

Nuestro respetable amigo el M. I. Sr. Provisor de este Obispado ha experimentado la desgracia de perder á su señor padre, el cual ha fallecido el día 8 del corriente en Villaviciosa de Oviedo.

Damos al Sr. Solís nuestro más sentido pésame, acompañándole en su justo dolor por tan irreparable pérdida.

Por disposición de nuestro celosísimo Prelado se están ejecutando algunas obras de reparación en el Seminario de S. Miguel.

Es notable la mejora que se ha hecho en las espaciosas plazas que rodean aquel magnífico edificio, que es la admiración de propios y extraños.

Hemos oído decir que más adelante se reformará el piso de la subida, que está algún tanto deteriorado.

Mejoras tan útiles merecen nuestro más sincero aplauso.

El día 8 del corriente mes se inauguró, previa la bendición que hizo el Sr. Provisor del Obispado por delegación del Excelentísimo Señor Obispo, el oratorio público en el Asilo de las Hermanitas de los ancianos desamparados. En la Misa, que celebró el mismo Sr. Provisor, comulgaron á la vez que las Hermanitas

todos los ancianos acogidos, habiéndoles dirigido antes dicho señor una fervorosa plática.

Casi todos los objetos y ornamentos necesarios para el culto han sido donativo de un querido amigo nuestro, cuyo nombre no estamos autorizados para publicar.

El asilo adquiere de día en día mayor incremento y las humildes y caritativas Hermanitas se han conquistado, en el poco tiempo que aquí llevan, las simpatías de todas las clases sociales de nuestra población.

---

## VARIEDADES.

---

### OTRA PATRIA, OTRO MUNDO.

---

Doquier derramando duelo,  
Va el hombre sobre la tierra,  
Haciendo constante guerra  
A su pobre corazón;  
En vano busca el consuelo  
Del placer entre los brazos,  
Pues sus apretados lazos  
Más y más le hacen sufrir.

—

En este mundo de abrojos  
Y pasiones turbulentas,  
Se oyen rujir las tormentas  
De un eterno padecer;  
El llanto asoma á los ojos,  
Jamás el placer se siente,

Porque el corazón presente  
Los daños que vienen ya.

—

Gime siempre el alma llena  
De amargura y de quebranto,  
Vertiendo sentido llanto,  
Que endulza mas su aflicción;  
Más crece y sube la pena  
Cuando observa en lontananza  
La acariciada esperanza,  
Cual ráfaga, huir veloz.

—

Ni luz, galas y armonías  
Con que natura se viste  
Calman el dolor del triste  
Y sus ansias de llorar;  
Las más gratas melodías,  
Para su eterno lamento,  
Son los suspiros del viento  
En noches de lóbreguez.

—

Son los ecos funerarios  
Que se escuchan á lo lejos  
Cuando del sol los reflejos  
Empiezan á declinar:  
Son los bosques solitarios  
Donde las aves se esconden  
Y á esos ecos responden  
Con querellas de aflicción.

—

No busca calma en la gloria,  
Ni pide dicha á la fama,  
Inconstante y débil llama,  
Que muere como nació;  
Un verdugo es su memoria  
Que renueva sus heridas,  
Las ilusiones perdidas  
Recordándole tal vez.

—

La luz del alba sonriente  
No endulza sus amarguras;  
Que las más gratas dulzuras  
Ya murieron para él;  
Y solo, y triste, y doliente,  
Camina por el desierto  
Buscando un sepulcro abierto  
Para su pena enterrar.

En vano ¡ay triste! en vano  
Busca alivio á su tormento,  
Siendo su alma el asiento  
De su constante dolor;  
Suba al monte, baje al llano,  
Robe el aroma á las flores,  
Los tan deseados amores  
Su labio no libará.

Le empuja ciego destino  
A través de oscura vía,  
Privado de toda guía,  
Exento de toda luz;  
Y á tientas en el camino,  
En vano busca un apoyo,  
Sintiendo en cercano arroyo,  
Débil fenecer su voz.

Y en tanto roncós suspiros  
Lanza el dolorido pecho,  
No encuentra un amigo techo  
En que pueda descansar;  
Confuso, en revueltos giros,  
Se arroja en pos de la muerte,  
Cifrando su mayor suerte  
En un sueño sepulcral.

Infeliz! que no adivina  
Señala el mundo inclemente

Al desdichado en la frente  
Con anatema cruel,  
Y que el alma, peregrina  
En un amargo destierro,  
Quiere romper el encierro  
Y volar en libertad.

Libertad que nunca alcanza  
Mientras se arrastre en el suelo,  
Porque su patria es el cielo,  
En la region del azul;  
Esa inmortal esperanza  
Puede endulzar los dolores  
Y una guirnalda de flores  
Para la frente tejer.

M.

Tuy, Marzo 14 de 1882.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En San Nicolás, la misa de la Virgen, á las siete y media.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

En la Iglesia del Cármen, á las seis y media, misa de la Virgen.

En las Agustinas, á las cinco de la tarde, el ejercicio de Sabatina.

Domingo.—En la Colegial, la misa conventual, á las ocho y media.

En Santa María, la misa conventual, á la misma hora.

Martes.—En las Agustinas, á las siete de la mañana, la misa de renovacion.

---

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,  
Plaza del progreso, 5.